



Los contenidos de este documento están sujetos a una licencia de **Creative Commons**.
Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, bajo las condiciones de:

Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.





En el borde de acá

El corazón delator

Sabía que mi corazón me delataría con más fuerza si la volvía a ver, pero ya después de muchos días mis deseos de ver de nuevo a Patricia eran muy intensas, así sea que mi corazón hiciera un ruido ensordecedor y toda la gente se diera cuenta de con qué intensidad me gustaba ella, y era justo lo que no quería, nadie, absolutamente nadie debía saberlo. Aún así sabía que tarde o temprano mi corazón me delataría con el mundo entero y luego no latería nunca más.

La primera vez que la vi, estaba sentada en la última mesa de la biblioteca del liceo, al fondo, sola, leyendo un libro, su cabellera larga negra cubría casi toda su cara, sólo se dejaba parte de su nariz y la comisura de su boca, esa que tanto me tentó besarla, pero que nunca me atreví, de sólo pensar que de pronto me acercaba a ella para acercar mis labios a los suyos, mi corazón empezó a latir muy fuerte. Sabía que en ese silencio casi absoluto de la biblioteca, mis latidos, fuertes como el sonido de un bombo, iban a perturbar a todos los que estaban allí, todos me descubrirían, me delataría ante todos, llevé mis manos a mi pecho tratando de detenerlo. Patricia levantó la vista de su libro para verme y me sonrió. El ruido era ensordecedor, me iban a sacar, lo sabía. La bibliotecaria se me acerca y le digo:

-Sí, sí, ya me voy, ya me voy...

-Sólo quería saber si se siente bien, joven.

-Sí, sí, ya... ya... me voy, ya me voy...

Había pasado muchos días sin verla, y deseaba verla de nuevo, deseaba hablar con ella... No la vería más hasta esta tarde, hasta donde sería el encuentro decisivo, antes sólo la soñaba, la miraba por una foto que arranqué de una cartelera donde aparecía ella, justo antes que Andrés se diera cuenta. Debía actuar de manera muy sigilosa, sabía que a Andrés también le gustaba Patricia y él era mucho más destacado en todo que yo: era el capitán del equipo de fútbol del liceo, ganó medallas de oro y plata en los pasados juegos de atletismo interliceístas..., era muy popular. Debía pensar en algo audaz, no podía dejarme ganar por este Andrés, el gorila.

Anoche pensé largamente qué debía hacer, hasta que se me ocurrió que le escribiría una nota, corta, concisa, pero con las palabras precisas para que ella se conmoviera y me aceptara, debía dársela al día siguiente para que el encuentro sea en la tarde, en la misma biblioteca del liceo, debía ser allí para que sea menos sospechoso.

Hoy en la mañana la esperaba en el patio del liceo, sabía que pronto llegaría a su clase, tenía la nota en la mano, no sabía cómo dársela, debía encontrar alguna excusa buena, hasta que ella apareció. Pude detallar más sus ojos negros, su boca que reía junto con sus amigas, y de pie, en medio del patio, y empecé a acercarme a ella, mi corazón empezó a latir cada vez más fuerte, sabía que me delataría, sabía que antes de llegar, Patricia me descubriría por mis latidos, eran muy intensos. A pocos metros, ella se volteó y me miró, me sonrió pero más tierna que la vez de la biblioteca, mis latidos eran tan intensos que las voces de los demás no se escuchaban.

-En la biblioteca se te cayó esto –le dije a Patricia, casi en un balbuceo ininteligible, ella tomó el papel y rozó mis dedos, no dijo nada, ella sabía que si me decía algo no la escucharía por mis latidos intensos, tampoco le dije nada, y se hizo un silencio tal, que mis latidos era lo único que se escuchaba. Me fui, para que se apaciguaran mis pulsaciones, y esperar ansiosamente a que sea la tarde.

El encuentro iba a ser en la biblioteca del liceo a las cuatro de la tarde, yo estaba sentado en la última mesa del fondo, al lado del asiento donde estaba sentada ella la primera vez que la vi. El reloj de pared ya marcaban las cuatro y diez, y Patricia aún no llegaba, tenía en frente de mi un libro, hacía

que lo leía, pero me era imposible concentrarme en él, sólo veía las manecillas del reloj, y casi sin darme cuenta, Patricia ya estaba cerca de la mesa, estaba parada allí y me sonreía, llevé mis manos a mi corazón antes que empezara a latir con fuerza, hasta que Andrés se aparece en la puerta de la biblioteca, me extrañó mucho porque él nunca va allí.

-Patricia- la llamó Andrés, ella volteó y lo miró –salón veinticuatro, ahorita- dijo él y se fue.

Ella me miró, esa vez estaba seria, dudó un poco y me dijo:

-Espera.

Y se fue. No sabía qué hacer. Esperé un poco, hasta que decidí salir de la biblioteca. El salón veinticuatro estaba en primer piso, decidí subir. Mientras más me acercaba a la puerta del salón, mis latidos eran cada vez más fuertes. La puerta del salón estaba entreabierta, a pesar de mis latidos escuchaba unas voces, eran las de Andrés y Patricia, los únicos que estaban en el salón, pero no distinguía qué decían. Mis latidos me ensordecían, pero pude notar que de pronto las voces de ellos dejaron de sonar. Sólo era el sonido de mi corazón y el chirrido de la puerta al abrirla. Debe ser que ellos dos estaban tan concentrados en su beso, que nunca escucharon a mi corazón detenerse.

Historia de nuestro tiempo

Hace mucho tiempo atrás, en una lejana tierra, ibas por un camino, con un par de cestas de granos de trigo a la molienda, yo venía en sentido contrario a caballo, a la ciudad más cercana que quedaba a tres jornadas de distancia, a tratar ciertos negocios. Al cruzarnos me miraste y yo te saludé levantando mi sombrero. Ese fue nuestro primer encuentro en la historia. Diez años después ya te habías casado y tenías dos hijos, nos volvimos a ver en las fiestas que se hacían en el pueblo al dios del Sol. Tu hijo más pequeño se acercó a mi caballo y yo le ayudé a montarse sobre él, llegaste tú a regañarlo y te dije que no te preocupes, que fui yo el que lo montó, y nos quedamos mirando dos segundos más de lo necesario. No nos vimos más.

Un centenar de años después, yo estaba encerrado en un calabozo, acusado de rebelión a la corona y al día siguiente me condenarían cortándome la cabeza. En el reino que gobernabas, eras tú quien decidías sobre la vida de los prisioneros. El rey, un anciano al que la gordura no dejaba ni caminar, encomendaba a ti esa misión, y tú lo asumías con un aplomo de acero. Llegaste a mi celda con los guardias atrás. Al abrir la puerta, me viste maltrecho por los golpes propinados y por el hambre. Nos miramos fijamente por un instante y me preguntaste: “¿Por qué te rebelaste contra la corona?” “Porque ustedes, en nombre de Dios, están dejando morir de hambre a mucha gente, como lo están

haciendo conmigo ahora, pero mañana dejaré de sufrir por eso". Saliste de la celda y le dijiste a los guardias: "Déjenlo libre", y te fuiste de nuevo a palacio. No nos vimos más en esa vida.

En la primera mitad del siglo XVIII, habitábamos en la ciudad de Mithapur, actual Pakistán. Ambos éramos de la casta de los Vaishyas, y nuestros padres eran ambos comerciantes. Nos casaron muy jóvenes, nos conocimos el día de la boda, tú tenías diez años y yo catorce. A pesar de ello, terminamos amándonos al poco tiempo y fuimos fieles hasta mi muerte, pocos años después. Éramos fervientes religiosos jainistas y nuestras vidas se mantuvieron sin mayores sobresaltos, hasta que fallecí a causa de una tuberculosis.

A mediados del siglo XIX, Bolivia se hallaba agitada por los movimientos independentistas, aún así, en Cochabamba, la vida continuaba totalmente alejada de lo que sucedía en el resto del país. Yo respiraba fatigosamente dentro de las entrañas de una montaña, tratando de extraer oro que era ya casi extinto, con la vaga esperanza de encontrar una gran veta y salir de ese infierno para siempre. Mientras, vivías en una gran casa, junto a tus tres hijos, esperando con un abrazo a tu esposo, el capataz que nos azotaba, indios esclavos, sin piedad para encontrar oro. Un día llegaron noticias que en las minas se estaban gestando una rebelión, tú sabías que tu esposo era capaz de las más horribles atrocidades, así que fuiste hasta las minas, contraviniendo las leyes: nunca una mujer debe

entrar a las minas, así sea la esposa del capataz. Cuando llegaste, ya tu esposo y otros hombres habían asesinado a todos los insurrectos, excepto a mí, el líder de la rebelión, que me tenían amarrado a un poste y me daban latigazos. Con un grito paralizaste al castigador y ordenaste que me soltaran. Tu esposo, más sorprendido que enojado, dejó que me soltaran. Ese y todos los días siguientes, ibas a mi cuartucho a curar mis heridas. Los rumores en el pueblo no se hicieron esperar, la esposa del capataz, blanca, hija de españoles, curando a un apestoso indio rebelde, habrase visto, a ella es a la que deberían azotar por insolente. Después que se curaron mis heridas, ibas de todos modos a mi cuartucho, con las curas en las manos para disimular.

Un día, no se sabe cómo, la esposa del capataz y el indio rebelde desaparecieron, huyeron quién sabe a dónde y más nunca se supo de ellos.

En el borde de allá

La enseñanza

Cuando vi por primera vez a mi abuela halagando a una pasta de dientes mientras la exprimía hasta la última gota, supe desde ese instante que en ese pequeño gesto estaría definido mi destino.

“A la pasta de dientes hay que decirle cosas bonitas para que hacer de ella lo queramos –nos decía mi abuela a mi hermano Alejandro y a mí una tarde de domingo en la que solíamos visitarla-, a veces la condenada se pone dura y hasta hay que acariciarla para que salga mejor. De ese modo la pasta de dientes se deja hacer a nuestra voluntad. Cuando sean mayores y salgan a la calle como su papá, este pensamiento les servirá de mucho para todo lo que vayan a hacer en la vida, ya verán”. A Alejandro, en cambio, no le gustaba esa costumbre de mi abuela, como yo era muy niño no le entendía a él cuando decía que mi abuela “explotaba” a la pasta de dientes, que lo que ella hacía es lo que se ha hecho a lo largo de toda la historia, los poderosos exprimiendo a los oprimidos, pero que eso algún día se iba a acabar. Mi padre, que para ese entonces era teniente, discutía con Alejandro hasta los gritos que no hablara así de su abuela, que ella fue quien le inculcó a él ser un hombre muy duro y lo que le ha enseñado le ha servido en la vida. “Sí, claro, para joder a los pobres soldados”, le respondió Alejandro en voz baja. Menos mal que papá no lo escuchó, si no lo hubiera matado mucho antes que lo fusilaran aquellos soldados en un estadio en Chile, meses después que Pinochet montara la bota sobre La Moneda. “Cuántas veces le dije que no se estuviera metiendo en esas

vainas”, dijo mi padre salpicando de lágrimas que no pudo contener sobre el telegrama que le llegó de Chile. “Ese muchacho no escuchaba a los mayores, los que no escuchan no llegan lejos”, decía mi abuela botando a la basura una pasta de dientes a la que no se le podía sacar una gota más.

Mi abuela estaría muy orgullosa de mí ahora, que recién me ascendieron a gerente de una empresa trasnacional. Yo sí la escuché a ella, y no puedo dejar de recordarla con su pasta de dientes en la mano, cada vez que le doy una palmada y le digo algunos halagos a alguno de mis empleados.

Ni siquiera mencionaron su nombre

Y fue entonces que perdió la razón.

Buscó en todos los bolsillos, debajo de la cama, por detrás de los ojos, se puso los codos en las axilas y las revisó detenidamente con un espejo de mano. Nada, no sirvió de nada. Siempre le pasaba lo mismo, era un despistado, así ha perdido llaves o billetes, cuando sacaba una llave perdía un billete, o viceversa.

Lo bueno de haber perdido la razón es que podía atravesar las paredes, resultaba divertido ver la pared, enfrentarla, ir hacia ella y zas, estar al otro lado, al lado B, al lado oscuro de la luna, al otro lado del espejo. Lo bueno también es que se entendía con los perros, ellos le decían cosas como "mucho hambre, mira allá, hombre bueno, comida" o "mira perra, huele rico, me llama, voy", hubo uno muy inteligente, parecía un perro chino, que le dijo "esta perra vida es una vida de perra", vaya concepto, tomó nota y atravesó una pared.

Pero haber perdido la razón tenía sus bemoles, los autos eran una pesadilla, lo perseguían, lo enceguecían con sus luces, pero lo más terrible fueron aquellos alaridos de dolor del perro mordido

por el auto, lloraba agonizando, lo llamaba por su nombre, y él, con su espada de luz, hizo justicia rompiendo las fauces del auto, lacerando su piel, pero luego el disparo, los ejércitos, el dolor, el silencio, una luz blanca, mamá que le decía "ya papito, ya pasó", mucha gente como una masa amorfa, maloliente, sin ojos, caminando hacia él con pasos de plastilina, la mujer que ama diciéndole "Eres un inútil, me voy", una calle larga, muy larga, infinita, un susurro en el oído "...por lo que hemos decidido prescindir de sus servicios", su propia voz que resonaba como trueno al universo "¡Encontré la razón! ¡Encontré la razón!" ...

Al otro día, en la noticia de sucesos, ni siquiera mencionaron su nombre.

Ésta es apenas un 26% del texto completo, si quieres leer todo el libro escribe a contacto@reveladoyrebelado.tk